

con acento

Sida en singular

Juan A. Irazabal

Para la mayoría, el sida se reduce a una serie de estadísticas. Unas estadísticas, por cierto, impresionantes. Y poco conocidas. O rápidamente olvidadas.

En España han muerto ya 55.000 personas de sida, si se cuentan, además de las víctimas directas del virus (unas 40.000), los fallecimientos debidos a enfermedades asociadas al VIH o a los fármacos antivirales.

África, como es sabido, proporciona las estadísticas más abultadas. Allí son ya más de 2,5 millones los muertos de sida y casi 30 millones las personas actualmente infectadas. Y predicen que lo peor está aún por venir, porque la pandemia se está trasladando al continente asiático. «*Estamos en el principio de la epidemia*», alertaba hace un año el director del departamento de sida de la OMS. China podría pasar de los actuales 1,5 millones de afectados a 10 millones en 2010. Hace dos años había ya 40 millones de contagiados en todo

el mundo. Y en la primera década de este siglo se podrían totalizar 100 millones de víctimas, igualmente en todo el planeta.

El horror de semejantes cifras nos devuelve a situaciones, como las pestes de la Edad Media, que parecían definitivamente superadas. Pero aún es mayor la inquietud cuando la pregunta se centra en las reservas de solidaridad de la actual comunidad internacional para desterrar esa plaga de todos los rincones de nuestro planeta. La vacuna —cuando se descubra— supondrá un negocio fabuloso, que, al mismo tiempo, podría dejar abandonados a la mayor parte de los enfermos. Todo esto en el terreno de las grandes cifras.

Pero, necesariamente, el sida se vive, en cada caso, de una manera singular. Cada caso es un drama y deja un drama tras de sí. Sobre todo, el drama de los huérfanos. África, tierra de la gran solidaridad familiar, donde

los orfanatos eran absolutamente innecesarios, descubre la tragedia de los niños que quedan solos en el mundo.

El padre de Louis y Vincent ha muerto de sida en Kisangani (la tercera ciudad del Congo-Kinshasa) y los dos niños han ingresado en un orfanato de la parroquia de Cristo Rey, porque también su madre, que se ha quedado en casa con la hermanita, está enferma; cuando muera la madre, la hermanita tomará igualmente el camino del orfanato, después de haber asistido a la larga agonía de su madre. *«De ser una familia normal, unida y feliz, han pasado a ser unos miserables»*, comentaba el párroco. Contaba también la historia de Willy, y de otros huérfanos... Todos ellos han empezado su vida por un terrible drama familiar y se encuentran solos ante el gran reto de la vida. Es el sida en singular. ■